

Querida Itziar:

Todavía andábamos con la mies y los trillos en las eras cuando tres jóvenes universitarias aparecisteis con la brisa del mar sobre vuestra piel en aquel páramo, reseco del estío,. Mis ojos fueron cautivados por la más pequeña. Llevabas una larga cabellera castaño con toques azafranados. Hablabas con mucha expresión en brazos y cara. Tus palabras, cargadas de vida en lo que decías, se me colaban dentro y se quedaban.

Aunque en las muchas horas que pasaba en la torreta cuidando los incendios de los montes y en las calurosas noches de agosto te soñaba, se acabó el verano y no fui capaz de mandarte una voz más allá de las palabras. A pesar de tener veintiocho años, nunca había salido con una mujer. Me había enamorado silenciosamente de algunas, pero entrar en vuestro mundo con un me gustas, quisiera salir contigo, te invito a ir al cine, ¿tienes algo que hacer esta tarde? o frases del estilo me parecía más difícil y complicado que subir al pico del Aneto. Mi timidez y el complejo que tenía de mi cuerpo, tocado por la enfermedad, formaban una barrera infranqueable, reforzada por el hecho de que sacaba siete años a las chicas con las que me relacionaba (había empezado a hacer magisterio). Me consideraba viejo.

Y llegó otro verano y volvisteis a posaros en el páramo como gaviotas que traían en sus alas la brisa de los mares, que volvían a frecuentar mis noches de insomnio mientras mi deseo de decirte algo luchaba contra la timidez. Pero te has vuelto loco. ¿No ves que estás enfermo y que perteneces a otro tiempo, a una educación de monasterio? No sabes nada de las inquietudes, la vida, los sueños de las jóvenes, siempre recluso en ti mismo, en tus temores, complejos. ¿Qué le vas a decir cuando estéis solos? Se te van a terminar las palabras en diez minutos. Se aburrirá de ti enseguida. Lo primero, la vas a dejar de piedra. Le va a dar un patatús, porque, aunque os lleváis bien, ella no te ha visto nunca más allá de una conversación amistosa, y siempre en grupo. Ni siquiera se ha dirigido a ti de manera especial, con esa mirada, esa sonrisa diferente a las enviadas a otros, que denote una separación, una elección. Ella sí entra en tu mente de esa manera especial que te impide dormir bien, pero tú, no en la de ella, que siempre dice que duerme como un tronco. El aire puro del páramo le sienta de maravilla. A veces van a visitarte a la torreta. Habéis hecho cierta amistad, pero lo otro... Te has vuelto más tonto de lo que eras, vete al médico ya que no puedes dormir; te dará alguna pastilla y te hará olvidar esa locura que te ha entrado, así prestarás más atención a tu trabajo, que el otro día ni te enteraste del humo que se produjo más cerca de tu torreta que de las otras, hasta que estas comenzaron a dar las coordenadas. Las doce horas de vigilancia en la torreta, inquieto, rodeado de oxígeno puro te van a mandar al hospital. Das vueltas por la chapa de la terraza para mitigar la ansiedad. ¿Qué haces ahí a catorce metros del suelo? Desearías ir con ellas, que viajan por los pueblos de los alrededores, van a sus fiestas, hacen excursiones, ríen, charlan, comen, se miran... La mirarías. Eso haría de calmante, al menos durante ese tiempo.

Y volvieron a emigrar las gaviotas cantábricas sin que pudiera salir de tu boca un graznido hacia aquella que podía aliviar tus noches de insomnio y días de nerviosismo.

Durante el año que quedaba hasta otro verano, a veces lograbas olvidar, pero su cara, su sonrisa, sus gestos, sus cabellos insistían en volver.

Y un día os presentasteis en la ciudad donde yo hacía magisterio. Os quedasteis unos días para abrir más la herida, que estuvo sangrando una temporada hasta que el tiempo la fue suturando, sin llegar a cerrar del todo; siempre quedaba una arteriola tocada, que de vez en cuando dejaba escapar un hilillo de sangre.



Y otra vez el pueblo, el verano, la torreta, la llegada de vuestras cabelleras que traían el salitre y la brisa a aquellos páramos resecaos, Y tu cara, que volvía a atizar el rescoldo que anidaba en mis entrañas. Hablábamos los cuatro de esto y de lo otro bajo algún árbol del plantío. Eran tiempos de cambio, de esperanzas, de la llegada de la democracia. Estabais muy comprometidas con lo que ocurría en la política del país. Y volvía a casa con el consuelo de alguna sonrisa tuya, de alguna palabra amable, pero ¡ay!, también con el dolor de no ser capaz de decirte algo, cuya respuesta me quitara toda esperanza y diera reposo a mis inquietudes. Es un descuido de la naturaleza que los enfermos nos enamoremos, un sufrimiento psíquico más, añadido al físico, pero, ¡ay!, los enfermos también aman.

Cuando te fuiste, ya no pude resistirlo y te escribí. Tras echar la carta al buzón, me sentí abochornado. ¿Pero qué has hecho? ¿Cómo te has podido atrever a decirle eso? Se va a quedar de piedra. ¿Por qué la molestas cuando ella vive feliz con su gente, sus amigas, sus estudios...? Mirabas a hombres mujeres del pueblo y los envidiabas. Iban con las vacas, la ovejas al monte o con el carro y el arado a hacer la sementera. No parecían tener necesidad de estar enamorados y menos de escribir a una estudiante de medicina una carta de declaración de sentimientos amorosos. Deseabas huir lejos, desaparecer de su vida para siempre.

Tras noches de arrepentimiento e insomnio por tu osadía, llegó su carta. El corazón se sale, la vergüenza te cubre. No sabes si abrirla inmediatamente o más tarde. No puedes dejarlo, la abres. A medida que comienzas a leer, el nerviosismo se va calmando. No podía ser de otra forma. Todo ha sido una imaginación de tu mente. La incertidumbre se ha ido. Pero el bochorno ha aumentado. ¿Cómo la vas a mirar otro verano? ¿Y ella? ¡Qué vergüenza! Quiere mantener una amistad. Bueno, qué otra cosa podía decir. Mira, ahí en una frase corta dice que, aunque no tenga los mismos sentimientos que tú, nunca se puede decir un no para siempre. Lo dice para consolarte, para no destruirte. Es mirada.

No querías cortar la comunicación conmigo y a esa carta siguieron otras, y yo las contestaba, dejando en ellas cada vez más constancia de mis complejos, preocupaciones y tormentos. No debía tener siempre presente que estaba enfermo. Pero lo sentía. No podía olvidarlo y quería olvidarte. Pero al encontrarme de nuevo con tu mirada, tu cara, tu cuerpo, la llama prendía.

Y cuando ya había decidido que lo mejor era cortar, me escribiste; veníais otra vez a visitarme a la ciudad. A todo correr limpiamos el piso los otros dos compañeros y yo.

Hicimos excursiones. Notaba como que tuvieras la intención de comenzar a hacer esa separación, esa elección con tu mirada, tu atención, tus sonrisas.

Y volvimos al páramo, al pueblo, y allí, donde nos conocimos, sentí el beso de una mujer en los labios por vez primera. Y a aquellos besos siguieron abrazos y otros besos.

Y llevamos treinta y siete años juntos, y hemos engendrado un hijo y una hija responsables, trabajadores y solidarios. Hemos pasado nuestros baches y trepado nuestras montañas, pero siempre has estado ahí, y en los momentos más dolorosos he sentido tu mano, tu cuidado, tu preocupación por mantenerme vivo, por mantener vivo nuestro primer abrazo.

Tú también has tenido y tienes necesidad de mi mano, de mis oídos, de mis palabras, de mis labios, de mis abrazos, que te he regalado y te sigo regalando, agradecido.

Los hijos han volado a construir su nido. Tú y yo permanecemos en el nuestro, ya solos, como antaño, como cuando empezamos. Y seguimos regalándonos palabras, besos, abrazos, que, sin interrupción, han continuado, en la orilla del mar, añadiendo eslabones al primero surgido en aquel páramo, para que no se debilite la sólida cadena que nos une.